

OSCURA MONÓTONA SANGRE

En noviembre de 2009, un jurado integrado por Juan Marsé, en calidad de presidente, Almudena Grandes, Jorge Edwards, Élmer Mendoza y Beatriz de Moura otorgó a esta obra de Sergio Olguín el V Premio Tusquets Editores de Novela.

SERGIO OLGUÍN

OSCURA MONÓTONA SANGRE

© Sergio Olguín, 2010
Tusquets Editores, S.A

Índice

Primera parte: La villa	13
Segunda parte: El edificio	59
Tercera parte: La fábrica	105
Cuarta parte: La calle	135
Quinta parte: El cielo	157

Primera parte

La villa

1

Julio Andrada tomaba por la avenida Amancio Alcorta cada mañana, salvo los jueves. Salía con su auto del edificio de Charcas donde vivía, daba la vuelta hasta llegar a Pueyrredón y seguía derecho por esa avenida que cambiaba dos veces de nombre en su recorrido. Pueyrredón se llamaba luego Jujuy y más adelante Colonia, que terminaba en el estadio de Huracán. Andrada llegaba hasta el final de Colonia y doblaba por Alcorta hasta llegar al Puente Uriburu. Lo cruzaba y dejaba atrás la Capital para meterse en Lanús. A diez minutos de auto del Riachuelo estaba su fábrica.

Cada vez que cruzaba por la avenida Alcorta pensaba lo mismo. Que ninguno de sus conocidos tomaría por esa calle. No lo haría su cuñado, ni sus vecinos del edificio, ni los otros empresarios con los que se reunía cada tanto para pescar o hacer negocios. Todos ellos la evitarían, como la evitaba él los jueves cuando llevaba en su auto a Miguens, el contador que administraba sus negocios.

Los jueves hacía un recorrido distinto. Como ése era el día en que su contador iba a la fábrica, Andrada lo pasaba a buscar por Pueyrredón y Córdoba. Pero

no seguía derecho. Doblaba en Bulnes y seguía por Boedo hasta llegar al Puente Uruburu. La primera vez que lo había llevado, unos cuatro años atrás, había pensado seguir su camino habitual, pero en Jujuy, a la altura de San Juan, Miguens le preguntó:

–¿Por dónde vas a ir?

–Derecho hasta la cancha de Huracán. Y Alcorta hasta el puente.

–No, ni se te ocurra. En la villa te roban o te pegan un tiro. Agarrá Chiclana hasta Boedo, que por ahí se va rápido.

Andrada no volvía a su hogar por Amancio Alcorta. Prefería ir por Maza y así evitar pasar de noche por la avenida. La oscuridad le quitaba la seguridad que sentía de día, cuando circulaba sin pensar. No observaba el paisaje de sus costados. Le hubiera resultado difícil describir los edificios de Buenos Aires, que cambiaban a medida que recorría esos cinco kilómetros: primero los edificios señoriales de Barrio Norte, algo anticuados, que recordaban una grandeza que ya no era tal. Luego los comercios de ropa y electrodomésticos cercanos a la avenida Corrientes, con sus vendedores ambulantes colmando las veredas. Enseguida las multitudes que confluían a toda hora en Plaza Once y que buscaban la estación de trenes o las paradas de los colectivos. Pasando la plaza, todo se aceleraba: los edificios descuidados de la avenida Jujuy, las mueblerías del cruce con avenida Belgrano, las estaciones de servicio, el tráfico cada vez más fluido y finalmente Colonia, donde las casas bajas convivían con galpones y de día recordaban cómo había sido Buenos Aires tres o cuatro décadas atrás. A esa altura la avenida parecía más ancha. Andrada no sabía si eso era así o un simple engaño de la vista por los pocos autos que circulaban por ahí.

Pero eso no le interesaba, ni el cambio de los edificios, ni de la gente que andaba por las veredas, y se habría sorprendido si alguien (su hija, por ejemplo, que estudiaba psicología) le hubiera dicho que cada mañana hacía el camino inverso a su ascenso social, una suerte de recordatorio que señalaba de dónde venía y adónde había llegado.

Porque Julio Andrada alguna vez había sido como la gente que viajaba colgada en los colectivos. Lo había sido en su adolescencia, cuando dejó la escuela industrial e ingresó en una fábrica de sanitarios en Avellaneda. Tal vez habría seguido ganándose el pan toda

su vida como obrero si no hubiera sido por el viejo Ramírez. Su padre había trabajado en la cortadora de tubos y caños del viejo Ramírez hasta que se murió. En el velorio, Ramírez se acercó a él y le dijo si no quería trabajar en su fábrica. El sueldo que le ofrecía era más de lo que ganaba calentando la argamasa con la que se fabricaban los sanitarios, pero menos de lo que ganaba su padre. Andrada aceptó cuando todavía no habían trasladado el féretro al cementerio. Dos días más tarde fue a trabajar con el viejo Ramírez, quien le enseñó el oficio de cortar caños, de seleccionarlos según su clase (estructurales, de conducción, con y sin costura), y donde Andrada también aprendió a vender por excelente lo bueno y por bueno el material de mala calidad. En unos días supo todo lo que su padre sabía y con lo que había trabajado desde antes de que Andrada naciera. El viejo Ramírez le tomó cariño. No tenía familia y sus únicos vicios eran jugar a la quiniela todos los días e ir de putas una vez al mes. Cuando Andrada cumplió dieciocho años lo llevó al Caballito Blanco, el cabaret que estaba sobre la avenida Pavón y del que Ramírez era un visitante asiduo. También le hizo sacar la licencia de conducir para que usara la camioneta. El año que Andrada pasó haciendo el servicio militar obligatorio, Ramírez no sólo le mantuvo el trabajo sino que le pagó el sueldo completo y le dejaba usar la camioneta para irse a divertir por ahí. Andrada no recordaba cómo lo llamaba su padre en la infancia, pero podía oír la voz carrasposa de tabaco del viejo Ramírez diciéndole «Julito». Nunca, antes o después, lo llamarían así. Nadie tampoco lo llamaba Julio, salvo su esposa. Para los demás era Andrada a secas. Hasta sus hijos, cuando hablaban entre ellos, lo llamaban así: Andrada.

Fue su idea incorporar la venta de chapas a la de caños. Al viejo Ramírez le gustaba que el chico tuviera iniciativa y lo dejaba hacer. Al tiempo, no sólo cortaban caños y chapas sino que ofrecían servicios de colocación. Andrada consiguió que algunos arquitectos de la zona los tuvieran en cuenta cada vez que construían o reformaban una casa. También convenció a Ramírez para contratar unos obreros que armaban tinglados y techos de chapa. Las actividades de Ramírez nunca habían crecido tanto como en esos años. Así que, cuando Andrada se casó, su regalo fue transferirle el negocio. Ramírez no quería que el esfuerzo y el crecimiento

de esos años fueran a parar a algún familiar lejano que no veía desde hacía décadas. Ramírez, de alguna manera, lo había adoptado al morir su padre. ¿Por qué no convertirlo en un heredero en vida? Andrada entró a la vida matrimonial como querían sus suegros oriundos de Flores: convertido en un pequeño pero pujante empresario. Dejó para siempre Lanús y con su esposa se mudaron a un departamento de Parque Patricios, en la zona sur de la Capital. Andrada también adquirió un Fiat 125 con el que empezó a hacer sus viajes del hogar al trabajo. Hacía ya como treinta años que había tomado por última vez un colectivo y jamás se había subido a un tren de superficie o subterráneo.

El departamento de Parque Patricios era minúsculo, ideal para una pareja a la que no le molestaba la llegada de un bebé. Al año de nacido el hijo mayor, se mudaron en el mismo edificio a uno de dos ambientes. Recién cuando nació la hija menor pudieron comprar un departamento de tres ambientes en Almagro. Y hacía sólo once años que los Andrada vivían en el piso de Charcas, donde sobraban las habitaciones.

Si bien el viejo Ramírez puso la empresa a su nombre, Andrada siempre respetó su lugar y se portó con él como si fuera un padre. Dejaba que retirase el dinero que quisiera, nunca tomaba decisiones sin consultarlo y cuando Ramírez contrajo el cáncer de próstata que lo llevaría a la muerte, Andrada lo cuidó mejor que un hijo de verdad.

La mayor virtud de Andrada como empresario era la iniciativa y el convencimiento con el que llevaba a cabo cada proyecto. Era cierto que cuando el viejo Ramírez le transfirió la empresa, su suegro le prestó el dinero para hacerla crecer. Sin esa plata, que tardó cinco años en devolver, le hubiera costado mucho más superar los límites de una pequeña fábrica. En los últimos quince años su empresa había crecido lo suficiente como para convertirse en una de las más pujantes de la zona sur del Gran Buenos Aires. Sus empleados (entre los que se encontraban un ingeniero, un arquitecto y un administrador de empresas) llevaban adelante obras desde Lanús hasta Temperley, de Avellaneda a Quilmes. Andrada sabía que las obras no siempre se conseguían de la manera más limpia, sobre todo cuando se trataba de licitaciones públicas o trabajos para la municipalidad. Pero nada de todo esto le quitaba el sueño, él tenía el convencimiento de que los trabajos que realiza -

ba su empresa siempre estaban bien hechos, eran sólidos, indestructibles; y eso era lo que realmente contaba.

Vivía en La Rioja y Caseros, en pleno corazón de Parque Patricios, cuando se volvió hincha del club del barrio, de Huracán. Hasta entonces nunca se había interesado en el fútbol. Cada sábado o domingo por medio, según el año, iba a la cancha a ver a su equipo. En aquel momento, a mediados de los ochenta, nadie hubiera dicho que era peligroso andar por Amancio Alcortata o por Colonia. Iba caminando las veinte cuadras que lo separaban y a medida que se acercaba se perdía en la multitud de los fervorosos y sufridos hinchas del Globo.

Cuando se mudó a Almagro, entre la distancia y el nacimiento de su hija, su concurrencia a la cancha fue disminuyendo hasta que dejó de ir definitivamente a mediados de los noventa, después de un campeonato en el que Huracán estuvo a punto de salir campeón. Y su interés por el fútbol había desaparecido casi por completo.

No sentía nostalgia de aquellos años ni añoraba volver al estadio Tomás A. Ducó. Si hubiera querido, se podría haber pagado la platea más cara cualquier domingo de esos. No eran las ganas de ver la cancha de cemento las que lo llevaban a bajar por Colonia hacia la avenida Amancio Alcorta. No extrañaba nada. Ni siquiera se le cruzaba la idea de volver la mirada hacia la cancha cuando pasaba cada mañana. Era la avenida Alcorta la que lo atraía silenciosamente. Si unos meses más tarde, cuando todo hubo acabado, le hubieran preguntado en qué momento de su vida se había sentido más vivo habría dicho: manejando por la avenida Amancio Alcorta en mi auto, desde Colonia, a Sáenz, cada mañana de la semana, salvo los jueves que llevaba a Miguens, ese nene de mamá convertido en mi contador.

2

A la altura del Estadio Tomás A. Ducó, la histórica cancha de Huracán, Amancio Alcorta parece más una calle que una avenida. Las instalaciones del club en la mano sur y las casas de clase media en las esquinas del lado norte no tienen nada que ver con la avenida que va a terminar convertida en bulevar al cruzarse con Sáenz, a pocos metros del Puente Uriburu, el viejo Puente Alsina, que une la Capital con el Gran Buenos Aires, Nueva Pompeya con Lanús.

Al pasar la cancha de Huracán, el paisaje comienza

a cambiar: descampados del lado sur, galpones que parecen abandonados a mano norte. Pero la auténtica avenida estalla después de cruzar las vías del ramal muerto del ferrocarril Roca. Ahí crece hasta convertirse en un bulevar en donde los camiones con su ritmo cansino retrasan a los autos. Si no hay camiones, se convierte en una semiautopista en la que los automovilistas no respetan los pocos semáforos que la interrumpen. Cuando se ven obligados a detenerse, en la esquina de Iriarte, disminuyen la velocidad unos metros antes para intentar no pararse del todo o dejan una distancia considerable entre auto y auto para poder arrancar de improviso. Tienen miedo de que alguien se acerque y les robe. Hay que ir con las puertas trabadas y las ventanillas cerradas y con la mirada en los espejos retrovisores, atentos a la posible llegada de alguien que quiera acercarse a manotear una cartera o algo peor: entrar en el auto, secuestrar al conductor o quedarse con el vehículo.

Donde comienza el bulevar, nace también la villa. La Villa 21, la villa de los paraguayos, donde se habla tanto guaraní como argentino. Una villa que creció empujada hacia el sur hasta juntarse con la otra villa, la 24, que culmina en el Riachuelo y mira hacia Lanús, hacia la cancha de Victoriano Arenas, el club al que una vez Andrada le donó un juego completo de camisetas a pedido de uno de sus empleados que también jugaba al fútbol en el Victoriano.

Pero la villa apenas se ve desde Amancio Alcorta. Sólo una abigarrada sucesión de casillas que no deja suponer nada sobre la vida en su interior. Como si esa hilera de casas precarias fuera un muro que sólo pueden atravesar los que ahí viven.

Él no sentía curiosidad por lo que ocurría en la villa. Pero cada tanto, cuando se detenía en el semáforo de Iriarte, recordaba la historia de su tío, el hermano mayor de su padre. Vivía con su familia en Llavallol, donde se dedicaba a arreglar y a vender bicicletas usadas. Su hijo, el primo de Andrada, que entonces debía tener poco menos de veinte años, había caído preso. Lo habían detenido durante un asalto junto a otros dos tipos. Su tío hizo lo imposible para que no fuera a la cárcel. Lo tuvieron un mes en una comisaría, y en ese mes, el tío gastó la poca plata que tenía, vendió la casa, contrajo deudas. Su hijo fue liberado, pero esa familia había perdido lo poco que había tenido. Se tuvieron

que mudar a una casilla de chapa y cartón por Lugano, en la Villa 15. Cada vez que Andrada pasaba por delante de una villa, pensaba: yo no voy a ser como mi tío. Su mayor terror era imaginar que un día perdería lo que poseía y debería mudarse a un lugar así. Era tal el temor que ni siquiera su esposa o sus amigos sabían que tenía, o había tenido, un tío que vivía en una villa miseria. Era su secreto y también la fuerza que lo impulsaba a acumular cada vez más. Alejarse de la pobreza era lo único que le producía una auténtica tranquilidad interior.

3

En la agenda Citanova que le había regalado su hija para Navidad quedó marcado aquello que Andrada tiempo después podría haber llamado el comienzo del fin. La agenda estaba marcada en el día 30 de marzo, 15.00, traumatólogo. Hacía meses que venía con dolor en las articulaciones y finalmente se había decidido a consultar a un médico. Como era un especialista muy requerido, no pudo elegir la hora, así que debió cortar con su día laboral en la fábrica y volverse a la Capital.

Estaba desacostumbrado a las visitas médicas. Esa mañana se la pasó pensando en lo que iba a decirle al doctor cuando lo revisara. No pudo concentrarse en las actividades diarias y hasta salió más temprano de lo debido. Cuando se dio cuenta de que iba a llegar con demasiada anterioridad al médico, ya estaba por Pompeya y no le dieron ganas de regresar a la fábrica. Como era de día no siguió por el camino por el que habitualmente volvía a su casa. Dobló por Amancio Alcorta en vez de seguir por Sáenz hasta Caseros, y pasó en sentido contrario por los lugares que veía cada mañana.

Tenía hambre. No había almorzado y sentía ganas de comer algo más que un sándwich. Todas las mañanas pasaba por enfrente de una parrilla llamada Parrilla Roberto Mouzo, tal vez porque Mouzo era el dueño, o el dueño era un fanático xeneize de aquel zaguero central que había hecho historia en la defensa de Boca Juniors en los setenta. Andrada lo había visto jugar contra Huracán en esos años. Se detuvo en esa fonda. Estacionó el auto entre unos camiones y se sentó en una mesa vacía frente a la ventana, desde donde podía vigilar el auto.

¿Cuántos años hacía que Andrada no entraba a un bodegón así? No le gustaba ir a comer solo. En realidad, no disfrutaba demasiado de los restaurantes, así que cuando se veía obligado a concurrir, dejaba que su esposa o su hija, o sus amigos decidieran el lugar. Siempre iban a restaurantes de Palermo o de Puerto Madero. No conocía mucho más, aunque cuando era joven le gustaba almorzar en una fonda que había en Rucci y Valentín Alsina, a unas cuadras de la fábrica, que se especializaba en pastel de papa y matambre casero con rusa. Recién casado, solía ir a cenar con su mujer todos los martes a la pizzería El Globo, en avenida Caseros, y cuando las cosas comenzaron a andar bien, empezaron a ir a comer seguido el puchero de El Tropezón, en Callao al 200.

Lo atendió una cuarentañera de cuerpo atractivo y aspecto huraño que le tiró el grasiento menú sobre la mesa. Los precios le parecieron muy bajos. Buscó lo más caro: una botella tres cuartos de vino Rincón Famoso. Así y todo valía la cuarta parte de lo que costaba en los restaurantes a los que solía ir. Se pidió un chorizo al plato, una porción de vacío, una ensalada mixta de lechuga y tomate, una botella chica de vino tinto, soda y hielo. No había muchas mesas ocupadas. Salvo él, los demás comensales parecían camioneros y había una camaradería entre ellos que hacía pensar que todos se conocían. Cuando alguno se levantaba para ir al baño y pasaba por delante de otra mesa, se detenía para intercambiar algunas palabras con los que estaban sentados. De la cocina venía el sonido de una radio que pasaba cumbia y cuartetos cordobeses. Andrada comió con ganas el asado y se pidió una soda más y un café. La mesa paralela a él estaba ocupada por tres camioneros. Dos de ellos debían de tener su edad y el tercero no llegaba a los treinta. Sin mejor cosa que hacer, Andra da escuchaba la conversación como si fuera el cuarto ocupante de la mesa. A lo largo del almuerzo habían hablado de fútbol, de problemas mecánicos de los camiones, de un camionero amigo que había chocado en la ruta 14 a la altura de Gualeguaychú. Uno de ellos comentó algo de un programa de televisión donde bailaban mujeres casi desnudas. Recordó un chiste que decía el conductor del programa y todos rieron a carcajadas. Se burlaron del más joven porque estaba por casar se, lo amenazaron con una despedida de soltero salvaje. Hablaron de putas, de lo buenas que estaban

las entrerrianas, de las pendejitas de Comodoro Rivadavia, de un cabaret que había en un pueblito de Santa Cruz, donde había putas de todas las provincias argentinas y hasta chilenas. Uno de los más viejos dijo que las chilenas eran malas putas. Y el otro agregó que las chilenas son buenas cuando son muy pendejas, pero que después de los veinte se vuelven amargadas. Después de los treinta no había que cogérselas. El más joven escuchaba como si estuviera no ante dos viejos putañeros sino frente a dos maestros chinos que le enseñaban los secretos del budismo. Tenía el rostro flojo, con una media sonrisa, fruto de la conversación distendida y de los pingüinos de vino que se renovaban a ritmo seguro. Uno de los maestros de putas dijo que las mejores pendejitas se conseguían en la Patagonia. El otro conocedor negó con un movimiento suave de cabeza mientras se servía otro vaso de vino. El más joven le hizo un gesto a la moza pidiéndole la cuenta. El veterano que no estaba de acuerdo dijo que si uno las quiere muy pero muy pendejas tiene que venir acá.

—¿A la parrilla? —preguntó el más joven que se había distraído por seguir a la moza con la mirada.

El camionero mayor le dijo que no fuera boludo, que ahí la única puta era la veterana que atendía. Que las pendejas muy pero muy pendejitas estaban en Amancio Alcorta e Iriarte. Vienen del barrio Zavaleta, agregó el otro. Son pendejas de la villa. Entonces son paraguayas. Son hijas de paraguayas. ¿El barrio Zavaleta? La Villa 21. Son fumonas, seguro. Le dan al paco. El conocedor hizo un gesto de duda. No todas, son muy pendejas, en serio. Bueh, si no le dan al paco le van a dar dentro de muy poco. Si pueden coger, se pueden dar con lo que sea también. ¿Pendejas de qué edad? Yo me cogí una que tenía catorce. Ah, muy pero muy pendejas. Te lo dije. Hay minitas de quince, de catorce, te digo más, debe haber hasta putas de doce o trece. Eh, son vírgenes casi. Qué van a ser vírgenes, a ésas se las cogieron el padre, los hermanos, hasta el abuelo. Y salen a la avenida, pero no muy evidente, no están como las otras trolas mostrándote las tetas. Están más bien para el lado de Iriarte. Andan por ahí, como si estuvieran de paseo. Vestidas normal, alguna pollerita corta, pero todo tranquilo. ¿Y qué hacés, le tocás bocina? No, no es necesario. Te parás cerca de donde están y se te acercan. ¿Cuánto te cobró? ¿La de quince? ¿Qué, fuiste con otras? Había ido antes

pero siempre eran más grandes. La de quince te tira la goma por veinte mangos. Me estás jodiendo. No se la quise pelear porque estaba muy buena, tenía carita de santa, pero si la apurás por diez mangos le hacés lo que querés. Compran droga. Con eso qué pueden comprar. Paco, boludo, ¿cuánto creés que vale? Están muy mal las pendejas. No, nabo, están muy buenas. No sabés con qué ganas la chupaba la pendeja. ¿Y si te la querés coger bien? Pedía treinta, pero acá, en la avenida no da mucho para cogértela. Yo me la llevo atrás y listo. Vos sí, pero yo atrás tengo el acoplado lleno de bosta. Mirá. Yo una vez me cogí a una mina de setenta. Me estás jodiendo. En serio. Sos un hijo de puta, te cogiste a tu abuela. No era mi abuela, la concha de tu madre, era una mina que levanté por La Pampa. Bueno, dejame terminar, yo que me cogí minas de todas las edades que van de setenta a catorce, te aseguro que como las pendejas no hay quien las chupe mejor, no sé, vienen como entrenadas. Debe ser la alimentación. El hambre que tienen. ¿Cuánto gastamos? Treinta y cinco por cabeza. Comimos como bestias. Ahora me echaría un sueñito. Lástima que no están las pendejitas a esta hora para un pete. Aparecen a la noche, bien tarde, cuando las otras putas ya levantaron. Es que de día van a la escuela. Qué van a ir a la escuela. A chuparle la verga al portero. Con pete o sin pete, me voy a dormir una siesta al camión. Yo ya salgo para Patagones. Éste hoy se queda hasta la noche, a esperar que salgan las pendejitas.